

SAMUEL SMILES

# EL DEBER

LAS OBRAS DE SMILES RESUMEN  
LAS ENSEÑANZAS DEL GRAN INS-  
TRUCTOR DE LA HUMANIDAD; SU  
BANA FILOSOFÍA ELEVA EL VALOR  
MORAL DEL HOMBRE Y CONDUCE  
A LA REALIZACIÓN DEL ALTO IDEAL  
DEL GOBIERNO DE SÍ MISMO.

CABU: FG



\*1020114744\*

BARCELONA  
RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENCIA, 93 A 97

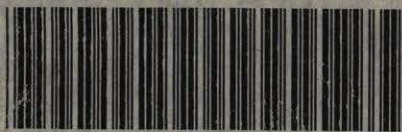
EL  
DEBER

BJ1571  
.S6  
D4  
1880  
-  
-

CAE

MI

\*10



1020114744

SAMUEL SMILES

# EL DEBER

∴ ∴ TRADUCCIÓN DE ∴ ∴  
G. NÚÑEZ DE PRADO

Not once nor twice in our rough island story  
The path of Duty was the way to glory.

TENNYSON.

The stern behests of Duty,  
The doom-books ope thrown,  
The heaven ye seek, the hell ye fear,  
Are with yourselves alone.

J. G. WHITTE.



BARCELONA  
RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENZA, 93 A 97

0113-53260

BJ1571  
.56  
D4  
1880



ACERVO GENERAL

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

Hace veinticuatro años que escribí el libro *¡Ayúdate!*, el cual no fué publicado hasta tres años más tarde, en 1859. Dicha obra fué el efecto aparente de una causa insignificante. Parte de ella la leí a varios jóvenes que se encontraban en un hospital de coléricos, esforzándome en hacerles comprender que la dicha y el bienestar dependían, en el porvenir, de su actividad, de su propia cultura, de las privaciones, del dominio de sí mismo y, sobre todo, de la honradez y de la rectitud en el cumplimiento del deber individual, que constituye la gloria de un carácter viril.

Los resultados que obtuve fueron mucho más halagadores de lo que pude prometerme. Pensé que muchos de aquellos jóvenes, al llegar a la edad viril, serían llamados a desempeñar empleos de confianza, de responsabilidad, y de provecho, y que algunos de ellos se complacían en atribuir su honrado éxito a sus esfuerzos de espíritu, a su constancia en el trabajo, como también a las lecciones de sus profesores y maestros. De este modo, preparé los apuntes para otro libro sobre el mismo asunto, y para otros más extensos, en mis horas desocupadas, una vez terminados los asuntos del día, y le puse por título: *¡Ayúdate!*, por más que me parecía bien *Ayuda mutua*: no obstante, ayudarse uno a sí mismo es más eficaz y progresivo.

Una vez que hube terminado la obra, ofrecí el manuscrito a un editor de Londres, el cual rehusó publicarla, si bien me dió las gracias. La venta de libros era a la sazón casi nula, a causa de la guerra de Crimea.

Después de la publicación de la *Vida de Jorge Stephenson*, recurrí a Mr. Murray; éste acogió favorablemente mi petición, y, en consecuencia, le envié la obra y, unido a ella, el juicio que había merecido de varias revistas, las cuales, con muy pocas excepciones, elogiaban en aquélla tanto mis esfuerzos como mi mérito. Mi libro *¡Ayúdate!* fué traducido a casi todas las lenguas de Europa e igualmente a varias del Japón y de la India, llegando a obtener en América muchas más ediciones y siendo mucho más leído que en la Gran Bretaña.

No obstante, el escritor inglés no llega a saber nunca cuál es la suerte de sus libros en América, pues la ley tolera cierta piratería para con los libros ingleses y el editor truhán de Chicago abruma al honrado editor de Nueva York. Nunca he podido explicarme por qué la legislación americana habría de ser menos honrada que la de Francia, Alemania e Italia; los derechos de autor son libres en todos esos países internacionales.

A los trece años de haber sido publicado el *¡Ayúdate!*, durante los cuales me dediqué a publicar otras obras, escribí y publiqué *El Carácter*, en cuyo libro procuré presentar un cuadro de hombres y mujeres magnánimos, citando numerosos ejemplos de las vidas de los mejores hombres y mujeres que han existido, creyendo que era éste el mejor modo de influir sobre el espíritu del pueblo joven, presentándole ejemplos vigorosos de carácter y nobleza.

Isaac Disraeli ha dicho:

«Algunos pueblos exclaman: no nos deis anécdotas de un autor, pero dadnos sus obras; no obstante, a menudo he pensado que las anécdotas son más interesantes que los libros.»

Ese es el jemplo con el cual he llegado siempre a convencer.

«No es—dice Plutarco—en los hechos más ilustres, ni en los vicios o en las virtudes más notables, sino en los actos (en ocasiones insignificantes), en una simple frase, en una broma, en lo que, en realidad, se distingue y da a conocer el carácter personal, más que en un acto importante o en una batalla.»

Cinco años más tarde publiqué *El Ahorro*, en cuya obra me propuse demostrar la dignidad del trabajo, las ventajas que se obtienen economizando con orden y constancia para llegar a ser independiente y para subvenir a las necesidades de la familia, mirando al porvenir, observando una vida sobria y honrada, es decir, una vida de hombre; evitar la causa espantosa, la bebida, que reduce a la miseria a tantos hombres y mujeres, y tratar de elevarse hasta las alturas de la virtud, de la moralidad y de la religión. Tengo confianza en los buenos resultados que habrá de producir ese libro; pues, apenas fué publicado, comenzaron a formarse muchas instituciones para la propaganda y el establecimiento de la economía nacional, y sé, igualmente, por algunos corresponsales, que se han abierto muchas Cajas de Ahorros que antes no existían.

Después de cinco años de haber sido publicado *El Ahorro*, vió la luz *EL DEBER*, que es el último libro de la serie, y al cual he creído más útil aún que los anteriores. De cualquier modo, he hecho cuanto he podido para ello, y así me lo dice mi conciencia. En las páginas que siguen, el lector hallará abundantes y provechosos ejemplos para los hombres y mujeres, to-

mados de la vida activa de los seres más honrados y mejores de ambos sexos. De estos ejemplos resultan grandes esfuerzos de voluntad y de trabajo, de un interés extraordinario, realizados por los hombres. Un gran carácter que medita acerca de su fin es el guía silencioso de la energía humana. El que desee aproximarse a la cumbre de la suprema perfección del deber, ocupará el primer puesto entre los más ilustres de su raza.

El objeto de este libro es poner de manifiesto la austera voz del deber; lo mismo que nosotros, la buscan los cielos; sólo la teme el infierno.

Londres, noviembre de 1880.